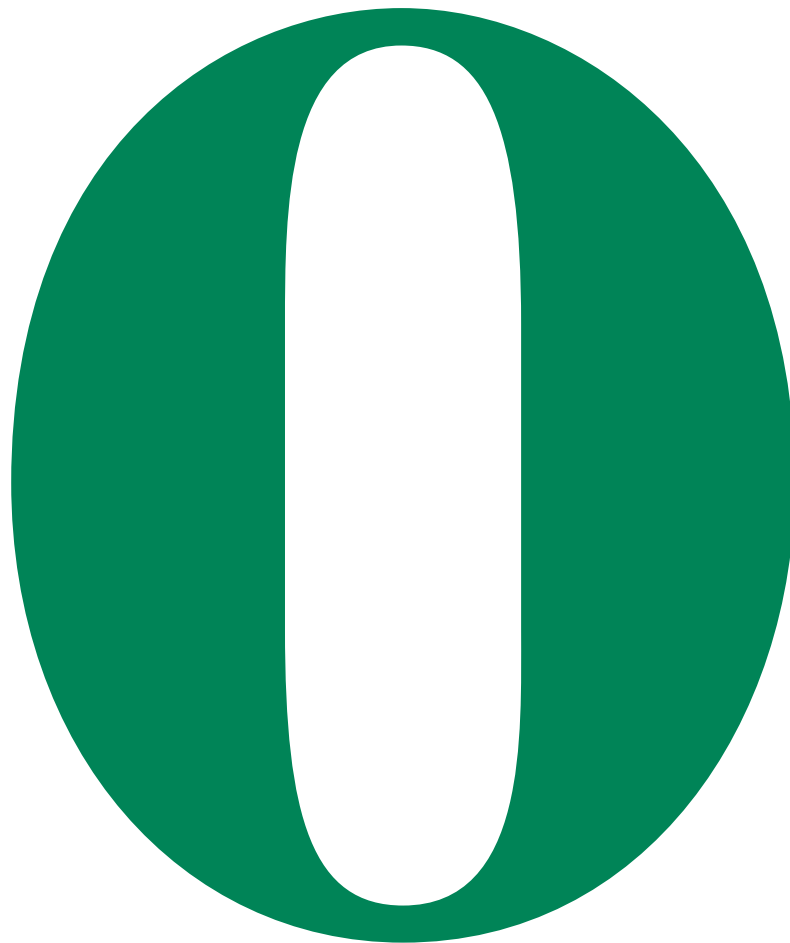


# La Comuna Girondo

**Revista virtual de literatura y arte**



**Febrero 2007**

## La Comuna Girondo

Revista de literatura y arte

Director General  
Dionicio Munguía J.

Diseño  
Dionicio Munguía J.

Colaboradores  
Oliverio Girondo (+)  
Mauricia Moreno  
Erika Flores

Registro en trámite

© La Comuna Girondo

Se permite la reproducción parcial o total siempre y cuando se cite la fuente.

Esta revista virtual se realiza, ante todo, con la ayuda de los amigos, enemigos y todos aquellos que quieran colaborar. Se responden por todos las colaboraciones e imágenes que se reciban. Se publicarán aquellas que el consejo editorial determine. Se aceptan fotografías, grabados, escaneos, reseñas, poemas, cuentos, fragmentos de novela, ensayos y todo aquello que tenga que ver con la literatura y el arte.

La Comuna Girondo  
revista virtual de literatura y arte  
tiene una periodicidad mensual.

Editor responsable: Dionicio Munguía J.

Correspondencia escrita:  
And. Río Verdiguél # 20, int. 7-b  
Col. Tlacopa  
Toluca, Estado de México  
C.P. 50010

email:  
comunagirondo@gmail.com


Febrero de 2007

# Editorial

Las razones pueden ser muchas, pero generalmente es una sola: esta necesidad de decir. La existencia de *La Comuna Girondo* se justifica en la existencia misma, no en el ego desconcertado de algunos cuantos, no en la necesidad de escribir pendejadas.

Escribir es un acto de vida, una sentencia eterna, un silencio compartido, una soledad a medias. Aquellos que lo deseen pueden llegar a estas páginas. Sólo se pide la autorización para publicar (texto o imagen). Nada ocurre si no se tiene constancia de ello. Esa es la verdadera intención, además de acercar a quien lo deseé aquellas palabras inciertas, las primeras, las más recientes, las últimas.

A partir de ahora solicitamos la colaboración de todos los amigos, los enemigos y quienes lo deseen. La finalidad no es sacar provecho económico, sino dar a conocer lo que se hace en el arte.

*La Comuna Girondo* no pretende la eterna gloria, tan sólo la mínima porción de aquellos que nos lean. Aquí estamos por fin, aquí estaremos hasta donde nos dejen.

Oliverio Girondo

No se me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasas de higo; un cutis de durazno o de papel de lija. Le doy una importancia igual a cero, al hecho de que amezcan con un aliento afrodisíaco o con un aliento insecticida. Soy perfectamente capaz de soportarles una nariz que sacaría el primer premio en una exposición de zanahorias; ¡pero eso sí! —y en esto soy irreductible— no les perdono, bajo ningún pretexto, que no sepan volar. Si no saben volar ¡pierden el tiempo las que pretendan seducirme!

Ésta fue —y no otra— la razón de que me enamorase, tan locamente, de María Luisa. ¿Qué me importaban sus labios por entregas y sus celos sulfurosos? ¿Qué me importaban sus extremidades de palmípedo y sus miradas de pronóstico reservado?

¡María Luisa era una verdadera pluma! Desde el amanecer volaba del dormitorio a la cocina, volaba del comedor a la despensa. Volando me preparaba el baño, la camisa. Volando realizaba sus compras, sus quehaceres.

¡Con qué impaciencia yo esperaba que volviese, volando, de algún paseo por los alrededores! Allí lejos, perdido entre las nubes, un puntito

rosado. “¡María Luisa! ¡María Luisa!”... y a los pocos segundos, ya me abrazaba con sus piernas de pluma, para llevarme, volando, a cualquier parte.

Durante kilómetros de silencio planeábamos una caricia que nos aproximaba al paraíso; durante horas enteras nos anidábamos en una nube, como dos ángeles, y de repente, en tirabuzón, en hoja muerta, el aterrizaje forzoso de un espasmo.



¡Qué delicia la de tener una mujer tan ligera..., aunque nos haga ver, de vez en cuando, las estrellas! ¡Qué voluptuosidad la de pasarse los días entre las nubes la de pasarse las noches de un solo vuelo!

Después de conocer una mujer etérea, ¿puede brindarnos alguna clase de atractivos una mujer terrestre? ¿Verdad que no hay una diferencia sustancial entre vivir con

una vaca o con una mujer que tenga las nalgas a setenta y ocho centímetros del suelo?

Yo, por lo menos, soy incapaz de comprender la seducción de una mujer pedestre, y por más empeño que ponga en concebirlo, no me es posible ni tan siquiera imaginar que pueda hacerse el amor más que volando.<sup>cg</sup>

## Dos cuentos de Mauricia Moreno

### Solución desesperada

Apenas, así como en un sueño, recuerdo al papá de mi amiga. Tenía cierto parecido a mi padre. Altos, medían uno ochenta. De buen porte y como una gran coincidencia con unos ojos de grandes pestañas negras y sedosas. Delgados, de color apiñonado. Eso sí, en nada se parecían en costumbres. Mi padre siempre vivió en Toluca, pese a que no era su tierra natal.

El padre de mi amiga era afecto a las aventuras. Eso he pensado siempre puesto que siendo de buena cuna. Sin tener grandes ideales patrióticos, se lanzó a la revolución ¿Qué partido seguía? ¿qué se yo!

Recuerdo que mi amiga tampoco estaba enterada. Siempre relató esta historia haciendo de lado asuntos políticos, amor a la patria, intereses o venganzas. En lo que sí ponía gran énfasis era en repetir que sus familiares tenían un gran capital, eran muy instruidos, con tres o cuatro lenguas en su haber. Desde luego el francés, alemán, latín, inglés y el español. Desconocía cualquier lengua indígena y se repetía, en su casa y con mucha frecuencia que: todos somos del mismo barro, pero no es lo mismo bacín que jarro.

Bueno, no debemos profundizaren otras cosas, a lo que quiero llegar es a lo que mi amiga platicaba.

“Mi padre fue a la revolución pese a que era muy adinerado. Su familia no quería que pasara ni por peligros y menos necesidades a él no le importaba gran

cosa el sentir de sus parientes. Se fue a la revolufia, con uniforme y armamento. Tal vez por ser su padre sacerdote y estar en continua comunión con Dios, su destacamento permanecía, por meses, fuera del campo de batalla.

Me imagino que siempre estuvo en el cuartel, lo que sí platicaba mi mamá, es que se le hacía llegar por medio de la servidumbre: ropa limpia y comida a granel. Costalitos de todas las semillas que él requería. Carne de res, borrego. Pollo, guajolote, cerdo, embutidos. Mi padre siempre preparaba sus potajes. Le encantaban las lentejas, el chorizo, el pan, pocas tortillas, galletas, atoles. La dieta de mi padre no podía ser más variada y abundante. Los que ya lo tenían cansado eran los pedigueños. Tan fastidiado se sentía que pasó algunas noches tramando cual sería el remedio. Pensó que negarles un poco de alimento restaría su fama de pródigo. Dejar de comer le parecía imposible, puesto que contaba con un apetito que algunas veces llegaba a glotonería. En cuanto emprendía a deglutir sus viandas en su celda, no faltaba quién lo visitara. Algunas veces tuvo que re-



partir su alimento entre tres o cuatro compañeros. Eso lo tenía harto ¿Cual sería la solución? Así pasó cavilando algunos días. Le dio fin a res remesas de alimentos y la idea salvadora no llegaba.

Un día amaneció radiante, se arregló como para un enfrentamiento militar. Montó en su caballo y se dirigió a un pueblo cercano. Hizo algunas compras, recorrió el mercadillo, revisó buscando algo que ya tenía en mente. Hasta que por fin dio con un hombre que vendía cosas de peltre ¡No, ese no tuvo lo que él

buscaba! Siguió hasta encontrar lo requerido. Regresó a su destacamento y al otro día...

—Capitán, ¿cómo amaneció? Huele muy bien, mi capitán.

Él, sin dejar de mover su comida le dijo :

—¿Gusta? Alcanza para varios.

—No, capitán, gracias, ya he comido

Así pasaron algunos días, nadie volvió a querer de su alimento. Mi padre se sentaba junto al fogón, movía el alimento, cuchareaba dentro de su gran bacin, porque eso había pedido al comerciante. “Una bacinica grande, de lo más grande, porque es para mi vieja la nalgona”. Y comía ahí mismo. La gran oreja del orinal servía para acomodar la enorme cuchara de madera.<sup>cg</sup>



## Mundo de Liliput

Recuerdo aquella tarde que fuimos al cine Rex. Habían restaurado el antiguo cine principal, desde luego le cambiaron nombre y un gran telón, que tal vez era de terciopelo o quién sabe de qué tela estaba hecha la cubierta del mundo de la fantasía.

Los pliegues de la cortina, al efecto de las lámparas situadas en el piso, parecían dar más encanto a la tela y a la sala en general. Todo estaba transformado. Para salir a los corredores y la dulcería había que hacer a un lado más cortinas.

Habíamos visto tres o cuatro veces los cartelones. En ese tiempo los colocaban dentro del Portal Reforma. Artistas como Marlene Dietrich, Robert Taylor, Charles Boyer, Humphrey Bogart y otros artistas más nos deleitaban con sus actuaciones. Casi empezaba el intermedio.

Los tolucos estábamos acostumbrados a ver, por el mismo precio, una buena película y otra de segunda clase. Ahora casi todas las cintas son de segunda clase. ¡Imagínense!, dos películas por el mismo precio. Cuatro horas aplanando el trasero.

—Ahorita regreso -dije a mis acompañantes-. Si me sigo de largo me llaman, pronto apagarán las luces y puedo perderme.

Salí por una de las cortinas. Si mal no recuerdo, la cortina estaba ligeramente abombada por el aire. Cuatro o cinco jóvenes me cerraron el paso. Me sentí molesta y les dije: “Pelados”. Me seguí muy digna al tocador para damas. Abrí la puerta y quedé frente a un mundo de Liliput.

Había sobre las paredes de azulejo o mosaico unos pequeños recipientes suspendidos como a un metro de altura. No supe qué hacer. Mentalmente reconocí que era imposible utilizar esos minúsculos depósitos. Me sentí desolada y con una pregunta en mente... ¿Cómo se usarán esos artefactos?<sup>cg</sup>



## Horizonte

Dionicio Munguía J.



El horizonte se abre ante mis ojos.  
Descubro en la distancia el silencio.  
Soy ave que planea los cielos en la esperanza  
de detener su vuelo.  
Amanece. Allá están los cerros de mi deseo.  
Instrumentos que defienden la fortaleza.  
Merodeador invencible,  
habré de posarme en ellos  
para guiar la batalla.  
No es posible la derrota.  
Hoy no habrá prisioneros!g

## Dos poemas

Erika Flores García

### Eclipse

Entre sábanas de espera tu piel, ébano,  
se esconde entre mi cuerpo.

En la soledad del tiempo,  
descubro la curva de tu espalda,  
tensa agonía, desliz de mis dedos.

Respiro el aliento de la despedida,  
aliento que mata,  
que ahoga,  
quema.

Sombras como mis ansiedades,  
se ahogan moribundas en el nuevo día.

El sol se despoja del manto de la luna.

Se consumen las arenas..**cg**

### Cicatrices

Puedo sentir el lastre de tu vida  
desgarrar mi piel por tu alejamiento,  
noche avivada a tu presencia.

Agua marina tu boca jugosa  
conserva el aroma,  
peste de un suplicio.

Cascada de sudor, ausencia,  
Espera...  
espera noche grotesca.

Posesión cuerpo fingido,  
grito impenetrable,  
mar de recuerdos.

Las cicatrices duelen, las gozo,  
—ahora no te amo—**cg**



## Ella se bajó en Sor Juana

Ella miraba por la ventanilla del autobús que nos conducía al centro de la ciudad de Toluca. Sus ojos verde malvón, apenas divisados en el rápido acomodamiento de su delgado cuerpo en el asiento delante del mío, se iban llenando de lágrimas furtivas. Alcanzaba a verla en el reflejo del cristal de la ventanilla y los lentes oscuros disimulaban mi curiosidad por la tristeza que ella proyectaba.

Los pocos árboles y las paradas del autobús pasaban con rapidez. Nada de movimiento. Su cabello apenas se movía con la ligera brisa que entraba por la entreabierta ventanilla de los escolares sin clases en un sábado que se divertían arrojando bolitas de papel a todos lados.

La mirada seguía fija, sin ver a nadie ni nada, sin notar a la gente que bajaba y subía del autobús. Una lágrima rodó por su mejilla. Una mano lánguida subió desde la parte oculta de su cuerpo y la quito sin prisa de su rostro.

Yo miraba con demasiada curiosidad ese acto mínimo. Por un momento quise decirle que nada había en el mundo que importara tanto como para llorar, pero me detuve. Ahí estaba ella, casi llorando, porque una lágrima no puede considerarse un llanto. Y atrás, en el otro asiento, mi alma sensible pensaba éstas breves líneas con la esperanza de que las lea y sienta que, al menos uno de todos aquellos pasajeros que iban esa mañana de sábado rumbo al centro de la ciudad de Toluca, se solidarizó con su tristeza.

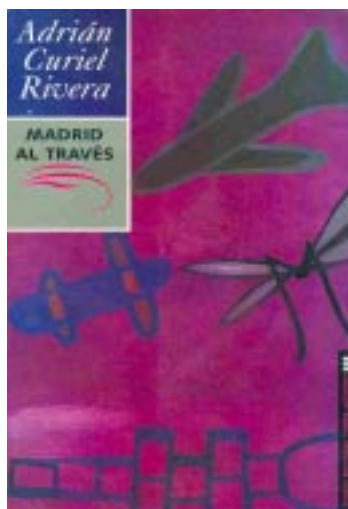
Ella se bajó en Sor Juana. Yo seguí unas cuadras más allá pensando en escribir estas líneas.<sup>cg</sup>



Se aceptan crónicas, reales o ficticias, siempre y cuando sean de buena manufactura. Enviarlas a [comunagirondo@gmail.com](mailto:comunagirondo@gmail.com), con el subject: crónicas  
Atentamente

la redacción

## Ver la misma ciudad



A pesar de que las visiones suelen ser distintas, tanto por el ambiente mismo, como por el colorido o descolorido paisaje que envuelve a una ciudad, las crónicas de viajes tienen como fin enclausrar la imagen que se tiene de la ciudad para intentar que los lectores viajeros reconozcan las esquinas no inventariadas, sitios desnudos y repletos de personajes innecesarios para la historia oficial, pero infinitamente coherentes para una historia personal.

Hace algunos años, pocos por cierto, la revista española *Interviú*, que llegaba con cierto retraso a los puestos de periódico, entresacó una serie de guías sobre los sitios más interesantes de

las principales ciudades españolas. En esa guía aparecían nombres rimbombantes y oscuros de Barcelona, Madrid, Salamanca, Bilbao y otros más, que por lo general estaban asociados a bares y antros dedicados al sexo duro, suave o solamente a la convivencia particularmente ruidosa de los españoles y extranjeros que habitan la península. En las páginas podías encontrar precios y direcciones de restaurantes, comederos, hostales y hoteles de paso, hoteles de cinco estrellas y de una sola, o de ninguna, que ofrecían servicios especiales y no tanto, pero que daban una visión de la noche española. Por supuesto que venían recomendaciones para extranjeros determinados, pues dependía de la zona el que fueran aceptados sin problemas o tuvieran ciertos líos por el color de la piel o el acento o, incluso, la *fascia* o *careto*, como le dicen al aspecto humano.

Como vago, no querré decir viajero, mantengo la misma impresión de una ciudad extraña y trato de imprimirla en versos y cuentos, en poemas de corto aliento y cortas narraciones que generalmente no conducen a nada. No sucede lo mismo con Adrián Curiel Rivera, por fortuna.

*Madrid al través* es, en tres relatos, una visión de un Madrid que los noticieros españoles que llegan por cable muestran en toda su crudeza, más allá de los vagos sueños que algunos tenemos de conocer la madre patria, de caminar por las calles madrileñas y pernoctar, como buen turista, copa de vino al ristre, frente a la fuente de las Cibeles, atravesar la Puerta de Alcalá (sobretudo después de escuchar a Víctor Manuel y Ana Belén), visitar, aunque sea de lejos, el Palacio de la Moncloa o recorrer la historia de la pintura española en el Museo del Prado. Algunos tenemos la nostalgia de lo no tenido, como canta Joaquín Sabina y soñamos con Penélope (no la Cruz, aunque aparezca definitivamente en los sueños) sino con la que se quedó esperando a su amante sentada en una banca de la estación.

Este libro de cuentos es una visión plástica, viva, de lo que es vivir en una ciudad donde la muerte de Franco provocó un libertinaje mayor a una libertad reprimida. Los españo-

les aquí retratados ya no piensan en Franco, sino en el Rey demócrata que cambió la historia para bien de los que estaban en el exilio, pero para mal de los que se quedaron, creyendo ciegamente en el Caudillo, como lo narra la loca que quiere matar a los urbaratenses del cuento *¿Quién se acuerda de doña Olvido?*, quien confunde la historia real con la que ella se inventa a nombre del rey viejo y destronado, junto a Primo de Rivera, fundador de la Falange y el Caudillo muerto, amén de una fobia y odio hacia los extranjeros. A mi punto de vista, el mejor cuento de los tres que conforman el libro, aunque un tanto largo.

En orden de aparición, *Corbatas y un pájaro tordo* retrata las apariencias de una sociedad española hundida en la formalidad de la modernidad europea. La corbata, mal necesario en esta sociedad tecnificada, es el pretexto para que el pintor becado en España reflexione, someramente, en su papel como posible injerto en una familia acomodada de la clase media española, a través de la hija que piensa, indefectiblemente, en que el uso de la corbata dará mayor formalidad y presencia al novio bohemio, medio alcohólico y bastante prosaico con el que convive, lo que narra el cuento, un fin de semana en un chalet, donde la discusión se centra en la figura paterna llegando al extremo de incluirla en la decisión de matar o no al tordo atrapado en la red que protege al jardín del chalet. La visión de Curiel Rivera es simplista pero efectiva: para reunir a una pareja es necesaria la presencia de un animal atrapado para que las decisiones se tomen juntas, no importa lo inverosímil que pueda ser la decisión tomada.

En *La esperanza de un viaje redentor*, segundo cuento del libro, el personaje insiste en la permanencia dentro de un amor no calificado, pero intuido en las experiencias que Irene, ese personaje muy cortazariano (proceso mediante el cual se nota la influencia de Cortazar en el autor, directamente con la Maga y con la Irene [si mal no recuerdo se llama la personaje de *La casa tomada*]). Personaje que tiene además el don de la desaparición pero que siempre está presente en las decisiones del narrador como el de desear ese viaje o esperar una llamada que, probablemente, llegará a la mañana siguiente. Si bien la "movida española" está reflejada someramente en la narración, se nota de inmediato el conocimiento de los bares donde los españoles se reúnen para evitar el tedio de ser una capital europea sin tener la conciencia clara de que lo son. Un filósofo reciente español decía que España nunca tuvo una entrada a la modernidad y que los españoles en tiempo de Franco huían a Francia para ver lo que no podían tener en su país. Europa, según este filósofo, no estuvo presente en el español ni la modernidad fue un resultado lógico de la evolución de los partidos políticos españoles. Por eso, el "destape" fue contundente y maquiavélico, según me contaba una catalana con la que trabajé hace algunos años.

La visión de Adrián Curiel Rivera va un poco más allá, pero retrata la conciencia bajo la cual el español de hoy vive inmerso en una España tradicionalista, pero con tintes de modernidad europea. Que mejor que personajes pintores retraten ese paisaje que se vislumbra a medias a través de un Madrid envuelto en la violencia de los tiempos modernos. Así sea.<sup>cg</sup>